

Monseñor Romero UN RECUERDO INQUIETANTE

Mikel Munárriz

El pasado 24 de marzo se cumplió el cuarto aniversario del asesinato —del martirio— de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador. En su país se vivía, en el clima terrible de la guerra civil y de las actuaciones siempre impunes de los escuadrones de la muerte, la preparación de una jornada electoral que pretendía, una vez más, solucionar en las urnas los problemas de esa nación.

Quizá sea un símbolo: los dos candidatos que en esas elecciones obtuvieron los votos suficientes para pasar a la segunda ronda, están estrechamente vinculados con la muerte de Romero. Uno es nada menos que el autor intelectual del horrible crimen. Otro, era Presidente de la Junta de Gobierno en el momento del asesinato y fué incapaz de encontrar y sancionar a los culpables... Símbolo de una PALABRA no escuchada —acallada con la muerte— que sigue resonando en los problemas no resueltos y que las elecciones no conseguirán arreglar. Símbolo de una PALABRA que sigue siendo válida después de cuatro años que dejó de resonar.

LA MEMORIA DE MONSEÑOR ROMERO

Con ocasión de este cuarto aniversario un periodista entrevistó a su sucesor, Monseñor Rivera Damas. Después de que el actual Arzobispo había señalado cómo la memoria del asesinado pervive en el pueblo pobre y creyente salvadoreño, hizo una pregunta que muchos se han hecho en estos días.

“Hasta ahora hemos hablado a nivel popular, del cariño que todavía le guarda el pueblo a monseñor Romero. Pero a otro nivel, a nivel eclesial, a nivel oficial, la figura de monseñor Romero, ¿sigue suscitando interés o se va procurando olvidarla?”

La pregunta es inquietante. También en Venezuela. En nuestro país la Iglesia ha recordado el aniversario de Monseñor Romero. En parroquias y templos de muchos barrios, en la capital y en el interior del país, el pueblo pobre y creyente, convocado por sus sacerdotes, se reunió en la Eucaristía para celebrar el aniversario. En muchas ca-

sas religiosas, las de aquellos que de una manera u otra han ligado su vida y su espiritualidad a la del pueblo creyente y pobre, la comunidad se reunió para escuchar, una vez más, la palabra profética de monseñor Romero en torno a la Eucaristía. Pero no hubo, que sepamos (aparte de la presencia del Obispo de Ciudad Guayana en la celebración conmemorativa) una palabra jerárquica en su memoria. Parecería que en una Iglesia en la que se sigue recordando como ejemplos e intercesores a sus mártires, aún los de los primeros siglos, no ha habido un recuerdo oficial para un obispo asesinado en nuestra América Latina hace solamente cuatro años.

UNA RESPUESTA INQUIETANTE

La respuesta que monseñor Rivera Damas diera al periodista es tan inquietante como la pregunta. Y también iluminadora.

“Yo diría que de todo hay. Hay personas que quisieran que no se mencionara más su memoria. Hay otros que quisieran exaltarle y casi pretender que lo que él dijo se observe a la letra. Yo creo que mucho ha servido para clarificar está la actitud del Santo Padre, que considera a monseñor Romero como uno de los valores de la Iglesia salvadoreña, cuya memoria hay que conservar, pero que hay que evitar también la manipulación política de esa memoria. Yo diré que el clero de la arquidiócesis de San Salvador ama a monseñor Romero, quiere conservar su memoria y, por cuanto es posible, anhela también que sus palabras sean transformadas en vida”.

Pues sí...: hay de todo... “Hay personas que quisieran que no se mencionara más su memoria”. Porque la memoria de Romero es inquietante. Recordar a Romero es, necesariamente, escuchar el Evangelio de Jesús desde una escucha apasionada al pueblo que sufre, para desde esa doble escucha ir dando, día a día, el juicio sobre la realidad. Es más cómodo el silencio, o la denuncia desencarnada, abstracta, sin nombres ni apellidos, intemporal y sin mordiente. La memoria de Romero es inquietan-

te porque obliga a tomar postura frente a los hechos desde un Evangelio hondamente vivido.

Pero precisamente porque la memoria de Romero lleva a mirar la realidad cambiante para ir la juzgando a la luz del Evangelio, tampoco se le recuerda adecuadamente cuando se reducen sus palabras a slogans descontextuados y su persona a una bandera que enarbola-mos según nuestras posiciones tomadas. Manipulamos al mártir cuando nos olvidamos que es también profeta, porque no queremos dejarnos medir por su prédica compleja y exigente que nos remite siempre a la necesidad de auscultar la realidad desde los pobres y la de profundizar en la oración y el estudio la vivencia evangélica.

“Hay que evitar la manipulación política de esa memoria”. Creo que el temor a esa manipulación —que es real— es lo que hace que muchos olviden a Romero. Pero el problema es que el olvido de las implicaciones políticas del Evangelio y de los mensajes de Romero, es también una manipulación, no sólo de la figura del arzobispo asesinado, sino también de la del Crucificado. Mientras la sociedad esté organizada de tal manera que en ella las mayorías pobres vivan muriendo la muerte lenta del hambre y de la falta de consideración, o la muerte rápida de la represión, es hacer política callar el juicio de Dios sobre esa sociedad. Es hacer política callar cuando se debe decir al pueblo oprimido aquel “levántate y anda” que necesita para surgir de la parálisis de mano extendida a la puerta del templo y organizarse para reclamar sus derechos.

Los que, como hiciera Juan Pablo II en su visita a El Salvador, se posttran en oración ante la tumba de Romero, esa tumba siempre visitada por los pobres, saben que eso es exigencia de conversión, de esa conversión que lleva a mirar las cosas con la mirada de los pobres, para desde ahí ir dando con valentía el juicio de Dios sobre la realidad, el juicio de Dios sobre la marcha del pueblo, el juicio de Dios sobre los enemigos de los pobres. Para que “sus palabras (las palabras de Jesús y las palabras de Romero) sean transformadas en vida”.